

hagas rodar el trueno por encima de nuestras cabezas; deja de decirle al mar que se desborde; exime de tu cólera los frutos que han de nacer, y no seques el arroz en su flor; no abras el seno de nuestras mujeres en días desfavorables, y no obligues a una madre a renunciar así al báculo de su vejez.

¡Oh, Niang! No destruyas los favores de Zanhari. Tú reinas sobre los malvados: ya son bastantes; no atormentes también a los buenos.

### **Canción Octava**

Es agradable tumbarse, con el calor, bajo un árbol frondoso y esperar a que el viento de la tarde refresque.

Mujeres, acercaos. Mientras yo descanso aquí, bajo este árbol frondoso, regaladme los oídos con vuestros sostenidos acentos. Repetid la canción de la joven cuyos dedos trenzan la estera o que, sentada junto al arroz, espanta a los ávidos pájaros.

El canto complace a mi alma, y el baile se me antoja casi tan dulce como el beso. Que vuestros pasos sean lentos, que imiten los gestos del placer y el abandono del deseo.

Ya se levanta el viento de la tarde; la luna empieza a brillar por entre los árboles de la montaña. Marchaos, y preparad la cena.

### **Canción Novena**

Una mujer arrastraba por la orilla a su única hija para venderse-la a los blancos.

¡Oh, madre! Me has llevado en tu seno, soy el primer fruto de tu amor: ¿qué he hecho para merecer la esclavitud? He confor-tado tu vejez; por ti he cultivado la tierra; por ti he cogido fruta; por ti he peleado con los peces del río; te he protegido del frío; cuando hacía calor te he llevado a la sombra perfumada; he ve-lado tu sueño, y espantado de tu rostro los insectos importunos.

¡Oh, madre! ¿Qué será de ti si no estoy yo? El dinero que vas a recibir no te proporcionará otra hija; morirás en la miseria, y mi mayor dolor será no poderte socorrer. ¡Oh, madre, no vendas a tu única hija!

¡Ruegos infructuosos! Fue vendida, cargada de hierros y metida en un barco; y abandonó para siempre su querida y dulce patria.

### **Canción Décima**

¿Dónde estás, bella Yaouna? El rey ya despierta y su mano amorosa desea acariciar tus encantos. ¿Dónde estás, culpable Yaouna? En los brazos de un nuevo amante saboreas sosegados placeres, deleitosos placeres. ¡Ah! Apresúrate a hacerlo, porque serán los últimos de tu vida.

La cólera del rey es terrible. —Guardias, volad: encontrad a Yaouna y al insolente que recibe sus caricias.

Llegan desnudos y encadenados. En sus ojos, un resto de deseo se mezcla con el miedo.

—Ambos merecéis la muerte, y ambos vais a recibirla. Joven osado, coge esta azagaya y clávasela a tu amante.

El joven se estremece, retrocede tres pasos y se tapa los ojos con las manos. Sin embargo, la tierna Yaouna lo mira con ojos más dulces que la miel de primavera, con ojos en los que el amor refulge entre las lágrimas. El rey, furioso, empuña la temible azagaya y se la arroja con fuerza. Yaouna, herida, se tambalea, cierra los bellos ojos y, entreabriendo la boca moribunda, exhala su último suspiro. Su desdichado amante lanza un grito de horror. Yo he oído ese grito: ha retumbado en mi alma, y su recuerdo me da escalofríos. A su vez, el joven recibe también el golpe funesto y se desploma sobre el cuerpo de su amante.

—¡Infortunados! Dormid juntos, dormid en paz en el silencio de la tumba.

## Canción Undécima

¡Temible Niang! ¿Por qué abres mi seno en un día desfavorable?

¡Qué dulce es la sonrisa de una madre al ver el rostro de su primogénito! ¡Qué cruel es el momento en que esa madre arroja al río a su primogénito, para recuperar la vida que acaba de darle! ¡Inocente criatura! El día que ves es desfavorable; amenaza con su maligna influencia a cuantos lo sigan. Si te salvo, la fealdad ajará tus mejillas, una fiebre ardiente te abrasará las venas, crecerás entre padecimientos, el zumo de la naranja se agriará en tus labios, una brisa envenenada desecará el arroz que planten tus manos; los peces reconocerán y eludirán las redes; el beso de tu amante será frío y carente de dulzura; una penosa impotencia te perseguirá en sus brazos. Muere, ¡oh, hijo mío! Muere una vez, para evitar mil muertes. Necesidad cruel, ¡temible Niang!

## Canción Duodécima

Nahandové, ¡oh, bella Nahandové! El pájaro nocturno ha empezado a cantar, la luna llena brilla sobre mi cabeza y el incipiente rocío humedece mis cabellos. Es la hora: quién podrá detenerte, Nahandové, ¡oh, bella Nahandové! El lecho de hojas está dispuesto; lo he sembrado de flores y hierbas odoríferas. Es digno de tus encantos, Nahandové, ¡oh, bella Nahandové!

Ya viene. Reconozco la respiración agitada que provoca el paso presuroso; oigo el frufrú de la túnica que la envuelve: es ella, es Nahandové, ¡la bella Nahandové!

Recobra el aliento, mi joven amiga; descansa en mis rodillas. ¡Qué encantadora es tu mirada! ¡Qué vivo y delicioso el temblor de tu pecho bajo la mano que lo oprime! Sonríes, Nahandové, ¡oh, bella Nahandové!

Tus besos penetran hasta el alma; tus caricias incendian mis sentidos. Detente, o me matarás. ¿Se muere de deseo, Nahandové, oh, bella Nahandové?

El placer pasa como un relámpago, tu dulce aliento se debilita, tus ojos húmedos vuelven a cerrarse, tu cabeza se inclina blandamente y tus arrebatos se transforman en languidez. Nunca has sido tan bella, Nahandové, ¡oh, bella Nahandové!

Qué delicioso es el sueño en los brazos de la amada, aunque menos que el despertar. Te vas, y yo languidezco entre lamentos y deseos; languideceré hasta la noche, pero por la noche volverás, Nahandové, ¡oh, bella Nahandové!



Borges con su madre, Leonor Acevedo